

# Poniatowska la experimentalista

---

CRISTINA RIVERA GARZA

---

Se trata de libros que ponen en cuestión el estado de las cosas. Valiéndose de una diversidad de técnicas de apropiación, estos libros copian, citan, reciclan y reproducen las enunciaciones más variadas del todo social. Se trata de libros con eco, sí. Son libros en co-autoría, es decir, libros escritos dentro de ese espacio cuatro-ojos (que así lo llamaba Sloterdijk) de los que se dan la cara. Y se miran con curiosidad. Y se ponen atención. Incorporan, ciertamente, pero sin fusionar. Acumulan, pero sin olvidar la diferencia. Son los libros de la yuxtaposición constante: el método a través del cual decidimos cómo “poner una cosa junto a otra o inmediata a ella” sin inclinarse ante el arco narrativo o la dictadura de la cronología. Son los libros polifónicos, sí. En ellos el yo, tal como lo quería aquel poeta casi adolescente que dejó de escribir a los 21 años, siempre es otro. Se trata de libros en los que la contemporaneidad no omite ni la contradicción ni la referencia pop. Por estar hechos con base en el trabajo colectivo de los involucrados, ponen en entredicho nuestra más ardiente comunidad. Y aquí poner en entredicho debe ser leído en su forma más literal: entre lo dicho, los libros. El texto. Los cuerpos.

Podría estar describiendo los libros de la revolución digital de nuestros días: abiertos, horizontales, multitudinarios. Pero estoy describiendo en realidad al menos dos de los libros de la escritora mexicana Elena Poniatowska. Publicados hace ya más de 40 años, tanto *La noche de Tlatelolco* como *Hasta no verte Jesús mío* continúan siendo textos de una frescura y de una innovación formal sorprendente. En ellos no sólo se privilegian las voces de los subalternos, los estudiantes que en-

frentaban la represión gubernamental en 1968, por un lado y, por el otro, una soldadera que participó en las gestas revolucionarias de 1910, sino que también se trabaja críticamente con los elementos convencionales de la narrativa: la autoría, el punto de vista, el diálogo, la yuxtaposición. Lejos de enfatizar conceptos de identidad inamovibles o exteriores al proceso dialógico del libro, Poniatowska logró lo que tanto se celebra ahora: construir estructuras plurales por las que se deslizan nociones cambiantes y liminales de la alteridad, la irreverencia, y el deseo.

Alguna vez le pedí a Elena que me hablara de su método de trabajo y ella, evitando hablar de manera abstracta acerca de su obra, insistió en lo que ha insistido con frecuencia: es cuestión de poner atención y de adaptar la pluma (en aquel entonces debió haber sido una pluma) a la palabra del otro. Lo dicho, que cito ahora de memoria, no es una cosa menor. Una cierta visión vertical y auto-complaciente, cuando no romántica, de la literatura coloca al autor en un nicho solitario desde el cual genera un discurso (siempre en singular) que, amparado por los conceptos ahistóricos de belleza o verdad, controla desde la torre de cristal de la sapiencia. Adaptar la pluma (o el medio, en todo caso) a la voz del otro, incluso si ese otro es uno mismo, implica una revisión radical de las jerarquías internas del libro.

La literatura testimonial ha dado un vuelco hacia inicios del siglo XXI. De ser un género menor, limitado a las minorías de variadas índoles: mujeres y pobres y gays y queers, por ejemplo el testimonio, que se finca en un yo en contacto con otro, ha pasado a ser un modo narrativo favorecido por las tecnologías de hoy. Entre la no-ficción y la post-autonomía, los textos de Elena Poniatowska se vuelven más actuales con el paso del tiempo. No conozco muchos autores que puedan decir lo mismo de sus libros.